



Reg. SupGen.: 12/2018/06

Madrid, 17 de diciembre 2018.



GLORIFICAD A DIOS CON VUESTRO CUERPO

ANATOMÍA ESPIRITUAL DEL P. JOAQUÍN (I)

Queridos hermanos y hermanas Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquim Rosselló, de la Fundación Concordia Solidaria, de Misiones SS.CC. - Procura y todos aquellos y aquellas que, de un modo u otro, os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacrícordiana:

Si hemos de hacer caso a los testigos que declararon en el proceso de beatificación del P. Joaquín Rosselló, no podemos sino concluir que nuestro Fundador era lo que se dice un hombre 'bien plantado'. En efecto, llama la atención que tanto varones como mujeres coinciden en admirar su belleza corporal y ponderar su atractivo físico, aún apreciable en su ancianidad. Uno de ellos, D. Gabriel Estelrich, presbítero, lo retrata así en su lengua materna: *'Era guapo de tot'*.

Los ejemplos se podrían multiplicar porque no faltan. Me limito a recoger algunos de ellos¹:

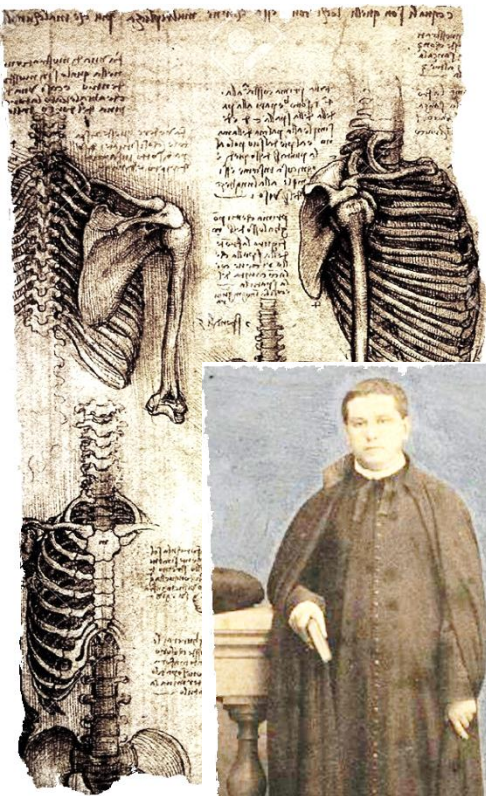
¹ Por la naturaleza misma del presente trabajo, me ceñiré a citar pasajes en los que se alude explícitamente al aspecto físico, a los miembros corporales y a los sentidos y facultades ligados a ellos. A fin de facilitar su identificación siempre reproduciré dichos textos en *letra cursiva* y 'entrecorridos' pero, para no hacer pesada la lectura, omitiré detallar su fuente de procedencia. De todas las que he consultado, la que ha resultado más fecunda para este estudio es la recopilación de declaraciones y testimonios personales que contiene el volumen II de la '*Positio*' ('Deposiciones de los testigos' y 'Summarium Documentorum').

‘De estatura corporal elevada, espigada y simétrica con proporción de miembros maravillosa, ni el peso de los años, ni diuturna dolencia de diabetes, no despojaron su ancianidad de su esbeltez venerable, ni de la gracia que en todo su porte resplandecía’.

‘En suma, un semblante de dignidad y dulzura majestuosas fue siempre el aspecto físico del P. Rosselló. Su constitución fue calificada no pocas veces por los médicos de privilegiada, porque viril y robusta y sana a través de los años, llevaba con gallardía sus setenta y más’.

‘La majestuosa hermosura corporal de que Dios le dotó, unida a su ingénita pulcritud, y a cierta no estudiada elegancia, juntándose a naturalísima y en nada afectada gravedad, constituían el mejor exordio de sus sermones’.

Otros testigos coinciden en que *‘su aspecto arrastraba’, ‘era extraordinariamente venerable’, ‘conmovía’, ‘infundía respeto’* e incluso *‘encogía de pronto a alguno’* por lo *‘serio, imponente y hasta mayestático’* de su presencia. Pero la dignidad y aplomo que revelaba su planta no implicaba arrogancia, hosquedad o altanería. En efecto, *‘su semblante y su porte respiraban gravedad unida a dulzura y sencillez en el trato, que no repelía sino que atraía’.* Y al referirse al modo de relacionarse con sus novicios en el Oratorio de San Felipe, alguien insiste en que *‘su majestad era dulce, muy dulce’* y *‘que expelía todo temor y encogimiento’.*



Reconozco que todo ello ha picado mi curiosidad y, al celebrar un año más el aniversario de la muerte de nuestro Fundador, me he decidido a investigar un poco más en este sentido. Pero no para quedarme en el aspecto exterior de su persona, ni para entrar a dirimir hasta qué punto aquellas apreciaciones de sus contemporáneos sobre la esbeltez de su figura responderían a los patrones estéticos de la cultura actual. Lo que pretendo es, en realidad, algo bastante diferente como ahora se verá².

EL CUERPO:

Belleza y transparencia del Espíritu.

‘Era alto de estatura, su cuerpo muy bien proporcionado y robusto’³.

Curiosamente, esa impresión de armonía y reciedumbre que emanaba de su corporeidad es la misma que destacan los testigos en el perfil humano y espiritual del Fundador: *‘A mi juicio reveló el P. Joaquín (...) una presencia de ánimo, prudencia, fortaleza y equilibrio en grado verdaderamente heroico’⁴.*

² Una vez puestas manos a la obra en este proyecto me he encontrado con una cantidad tal de material que me veo obligado a dividir mi exposición en al menos dos partes. La que tenéis entre manos es la primera de ellas. El resto se publicará en otra ocasión.

³ Otros precisan que era *‘alto y grueso’* y *‘ancho de espaldas’.*

⁴ Un testigo destaca que en el P. Joaquín *‘todo era equilibrado’* y otro subraya aún el *‘admirable equilibrio de sus juicios y conducta evitando siempre las exageraciones’.* Tan *‘admirable’* como el *‘acierto con que supo unir la bondad y la fortaleza’.* Otra declaración muy expresiva sobre su vigor físico y espiritual reza así: *‘No bien salido de su*

De hecho, los que trataron al P. Joaquín destacan cómo su aspecto físico estaba en consonancia con su talante interior. Su cuerpo no hacía sino exteriorizar las cualidades de su espíritu:

‘Verificó nuestro Padre el adagio vulgar de España «genio y figura, hasta la sepultura». Su fisonomía, sus modales y su expresión perseveraron hasta su muerte como efectos de su energía natural. Por estos rasgos y manifestaciones aparece el alma y se transparenta el espíritu, de forma que la fisonomía benévola y agradable del Padre Rosselló nos habrá de ser indicio de su ingenio claro y feliz’.

‘Su figura interesante, la forma elegantísima de su cuerpo y las relevantes dotes de que físicamente estaba adornado servían únicamente como de medio para llevar almas a Dios’.

‘Su gesto y ademanes eran traducción exacta de lo moderado de su persona’... ‘La aureola de la gracia rodeaba su esbelta figura’... ‘Su aspecto y semblante devoto convidaba a compostura y oración’... ‘Era tan guapo y angelical que respiraba pureza, y le llamaban el ángel’... ‘Ejercía un poderoso atractivo espiritual’... ‘Su sola presencia era un sermón’.

En definitiva no faltan quienes, al subrayar la humildad de su porte, añaden que, a la vez que *‘respiraba compostura, severidad y modestia’*, revelaba también *‘cierto candor celestial’*. Otros, recordando la viveza de la fe del P. Joaquín y el modo en que celebraba la Misa y tomaba parte en otros actos de devoción eucarística constatan que *‘en todo su exterior se reflejaba el gozo espiritual de su alma. Parecía como transportado’*. Y hasta se cuenta que el Cardenal Vives i Tutó, al contemplar un retrato del P. Fundador exclamó: *‘¡Oh qué aspecto tan sacerdotal!’*.

En esa misma línea, lo que yo pretendo aquí es precisamente trazar una especie de ‘retrato espiritual’ del P. Joaquín. Con ello acepto el desafío propuesto por uno de aquellos testigos y espero poner mi granito de arena en la tarea de *‘pintar la imagen ideal de esta alma santa’*. Mis pinceles y colores serán aquellas declaraciones de sus coetáneos en los que las alusiones a su cuerpo revelan la armonía de su personalidad, su calidad espiritual y la ‘belleza interior’ del P. Fundador.

Me refiero a aquel encanto que apreciaron en él quienes *‘pudieron conocer y apreciar su alma hermosa’* o aseveran que *‘reflejaba en su exterior semblante la belleza de su alma privilegiada’*. La misma que se dibujaba en sus *‘bellos ideales’* y se escondía en su *‘bello y tierno corazón’*.

Por eso, esta carta quiere ser como un ‘comentario joaquiniano’ -hecho no tanto de palabras sino de la misma vida del Fundador- de aquel texto paulino con el que lo he querido titular (1Cor 6,20). La biografía del P. Joaquín viene a ilustrar audiovisualmente que, como decía el Apóstol de los gentiles, nuestros cuerpos son ‘templos del Espíritu’ y por tanto han de transparentar su acción en nosotros. Son ‘miembros de Cristo’ y en consecuencia han de encarnar -nunca mejor dicho- sus mismas actitudes, sentimientos y obras, tal y como el Fundador lo pedía a sus Misioneros:

‘Y sea en el templo, en el altar, en casa del enfermo, al ir por las calles, en cada uno de vosotros no se vea sino la persona misma de Jesucristo’.

Naturalmente, la época en la que vivió el P. Joaquín no fue la más propicia para elaborar una teología positiva del cuerpo, marcada como estaba por el dualismo y el pesimismo de ciertas corrientes de espiritualidad. Y eso se refleja en la manera en que él mismo -recordando su adolescencia y las desproporcionadas penitencias que adoptó en aquella época-, se refiere a él como *‘mi mal inclinado cuerpo’*.

adolescencia, por haberse excedido en ayunos y maceraciones de su carne, durante algún tiempo hubo de parecer endeble y delicado; mas puesto a prudente moderación recobró sus no escasas reservas de energía, para siempre ya conducirse viril en las manifestaciones de su fuerza corporal así como fue impávido en las funciones de su espíritu. Llegó a grande ancianidad con fuerzas vigorosas y florecientes (...) lo cual era maravilla para otros más jóvenes y sanos, quienes no podían tanto como él resistir ni a fatigas del cuerpo, ni a congojas del espíritu’.

En sintonía con aquel modo de pensar, el P. Joaquín acentuaba el carácter del cuerpo como ‘límite’ relacionándolo con el dolor, la enfermedad y la muerte. Y así lo menciona también en sus escritos al referirse a su dolencia de diabetes o a su propio tránsito que intuye ya cercano⁵.

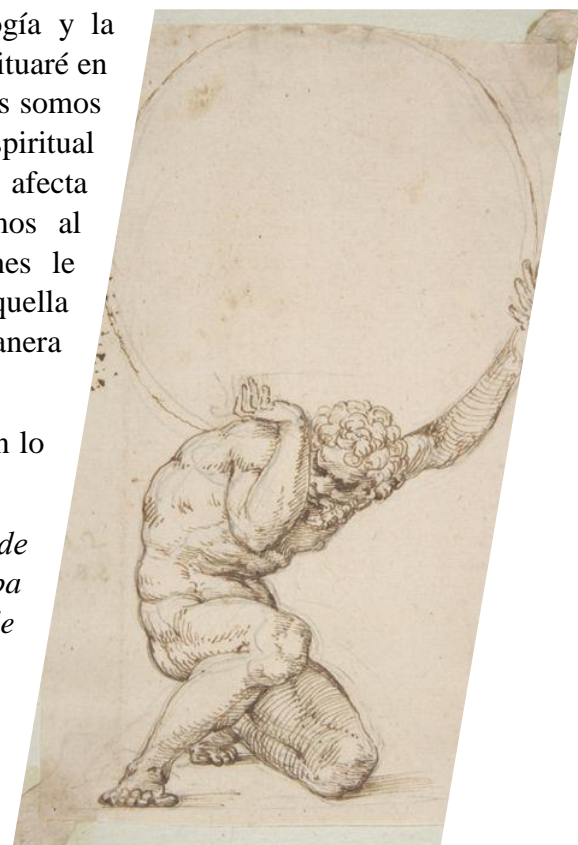
Se refleja en todo ello la mentalidad del momento según la cual el cuerpo es algo que debe mantenerse a raya, despreciable, pecaminoso y destinado a la corrupción del sepulcro, en contraste con el alma inmortal que ha de ser salvada una vez que se libera de sus ataduras⁶. A raíz de ello se acentuaron las prevenciones y controles, cayendo en excesos ascéticos de los que el mismo P. Joaquín -‘mortificado en el regalo de su cuerpo’- participó como hijo de su época que era⁷.

Más allá de ello, lo que yo pretendo aquí es rescatar aquellas menciones al cuerpo del P. Joaquín que, quizá sin pretenderlo directamente, nos revelan de hecho su perfil humano y espiritual y se convierten así en indicadores positivos para descubrir la sorprendente armonía entre el exterior y el interior de su personalidad como hombre, como cristiano, como sacerdote y como M.SS.CC.

Frente a la antropología dualista que impregnó la teología y la espiritualidad que marcaron la época del P. Fundador, yo me situaré en la línea de la visión bíblica que sostiene que los seres humanos somos una unidad. Eso significa que nuestra dimensión corporal y espiritual están íntimamente vinculadas. Exteriorizamos lo que nos afecta interiormente. Y es eso lo que precisamente constataremos al acercarnos al P. Joaquín. Por eso no es raro que quienes le conocieron de cerca, advirtieran que también él ‘somatizó’ aquella espiritualidad centrada en el Dios-Amor que él encarnó de manera tan unificada e integradora.

Así lo señaló el P. Miquel Rosselló, M.SS.CC. que tan bien lo conocía:

‘Con frecuencia el P. Joaquín Rosselló hablaba del Amor de Dios, repitiendo casi siempre textos bíblicos. Yo los imaginaba verificados en él, creyendo que el amor de Dios le espiritualizaba también el cuerpo’⁸.



⁵ Así lo recordaba a quienes le cuidaban durante su enfermedad: *‘Ya ve, Hermano, cómo mi cuerpo se va al sepulcro’.*

⁶ Por eso, D. Llorenç Ribet, sacerdote y literato, al publicar en la prensa la noticia de su fallecimiento, afirma que *‘la muerte (...) ha libertado a aquella alma apostólica de la cárcel y de los hierros de su cuerpo, puro y blanco, como esplendorado por el albor del día eterno’.* Notemos, no obstante, que en esta última mención apunta la concepción claramente cristiana según la cual el cuerpo también está destinado a la resurrección.

⁷ Uno de los testigos revela, no obstante, que hasta en sus mortificaciones estaba movido el P. Joaquín por la caridad hacia sus semejantes: *‘Castigaba su propio cuerpo y se entregaba a penitencias extraordinarias para alcanzar de Dios el perdón de los pecados ajenos (...) pues su caridad era tanta que, cual otro Pablo, deseaba ser anatema por sus hermanos’.*

⁸ Y el P. Jaume Rosselló, M.SS.CC. famoso misionero que llegó a ser Superior General de la Congregación constataba que *‘aun cuando su cuerpo estaba en la tierra, su espíritu se transportaba al cielo, llegando como a transfigurarse al rezar el Paternóster y el Avemaría’.*

LA CABEZA:

Autoridad basada en el testimonio de vida.

‘Su cabeza, algo abultada, que se ornó en su juventud con hermosa cabellera castaño oscura y, después, fue venerablemente encalvecida’.

Nuestra cultura suele asociar la cabeza -que contiene el cerebro- a las capacidades racionales y volitivas de la persona humana.

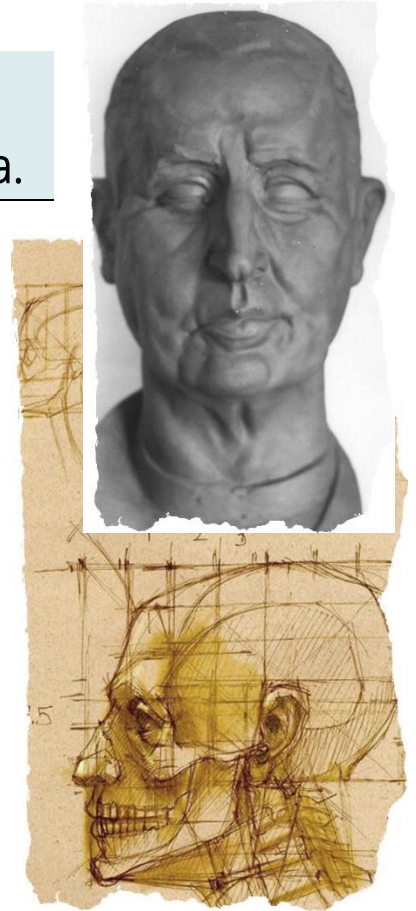
En relación a ello, y aunque no contamos en este caso con muchos textos donde el término ‘cabeza’ aparezca explícitamente, es interesante reseñar que, respecto a la inteligencia del P. Joaquín, las opiniones andaban algo divididas entre sus contemporáneos.

Lo que se oía decir y parecía ser ‘*opinión de muchos*’ es que se trataba de ‘*una medianía bien aprovechada*’ e incluso que ‘*era de inteligencia exigua y de estudios no nada brillantes*’, conceptuándole ‘*por de escasa instrucción y de muy modestas dotes para adquirir la ciencia*’.

Los testimonios recogidos en la ‘*Positio*’, sostienen, en cambio, una opinión diversa y mucho más positiva. De hecho objetan que ‘*no se puede medir a compás la capacidad mental*’ y que, si de verdad las facultades racionales del Fundador eran tan limitadas como se decía, ‘*la gracia vino a perfeccionar en él la naturaleza, comunicándole mayores luces de inteligencia para que pudiese llevar a cabo el hermoso plan divino que por su historia conocemos*’⁹. Alguno, tras escuchar una de sus homilías, concluyó que ‘*para el sermón que le oí predicar afirmo yo que son menester inteligencia poderosa y estudios no abreviados*’. Y otro, comparándole con S. Antonio María Claret, del que por lo visto también se habían hecho apreciaciones desajustadas sobre su talento, opina que eso de sembrar dudas y ensombrecer el ‘*prestigio intelectual*’ y la ‘*ciencia del P. Rosselló*’ era fruto de una ‘*leyenda negra*’¹⁰.

De hecho, no falta quien señale que la cultura e intereses del P. Rosselló iban más allá de lo estrictamente religioso o teológico alcanzando también otros campos del saber humano:

*‘Tenía placer especial nuestro Padre en hacer memoria de los nombres de los eclesiásticos eminentes en cualesquiera campos del saber humano, singularmente de los que iban a la delantera del movimiento científico, de los cuales se tomó pie para asimilar el vocablo de clérigo como sinónimo de docto’*¹¹.



⁹ Afirma un testigo que ‘*Dios le infundió en la cabeza y sobre todo en el corazón la idea de fundar*’.

¹⁰ Se constata además que el P. Joaquín sabía ‘*dar razón de su esperanza*’ (1Pe 3,15): ‘*La ciencia sacerdotal del P. Rosselló era proporcionada a las necesidades de su época. Tenía suficiente conocimiento de la doctrina de la fe y de la moral católicas; sabía enseñarlas y dar razón de sus dogmas, de las leyes y del culto de la Iglesia, como ministro de ella; se esforzaba con éxito por disipar las tinieblas de la ignorancia, que, a pesar de los progresos, que ya en su tiempo se decantaban, de la ciencia profana, velaban y oscurecían muchas inteligencias en materia de religión*’.

¹¹ Otra de las personas que declararon en su proceso añade: ‘*Así como el odio de los adversarios amontonaba errores y prejuicios en los entendimientos, apercibía y preparaba el P. Rosselló sus respuestas para despejarlos sin descender jamás de las alturas del mundo sobrenatural. Socorría con caritativa diligencia al alma moderna en el grado que la*

Sobre su voluntad comentan los testigos que se mostraba *'tenaz', 'enérgica y firme'*, especialmente si de lo que se trataba era de combatir alguno de los defectos que percibía en su propia persona:

'No llegó al dominio de sí mismo con arranques intermitentes y transitorios, como los que engendran las pasiones, sino con esfuerzo sostenido, con energía voluntaria que llega a manifestarse por hábitos buenos, que conducen al perfeccionamiento de la vida intelectual y moral'.

De lo que no cabe duda es de que el P. Joaquín era hombre *'de feliz memoria'*¹², capaz de retener en ella amplios pasajes de los Santos Padres y sobre todo de la Sagrada Escritura cuya lectura tenía en *'suma estima'*¹³.

Sea como sea, una vez más podemos comprobar que las dotes racionales del P. Fundador siempre se orientaron a cultivar lo que en realidad ocupaba el centro de su vida tal y como lo recuerdan nuestras Reglas (R 7). Su capacidad intelectual estuvo al servicio de una vivencia espiritual que giraba en torno al Dios-Amor. Los testigos le califican a la vez de *'santo'* y de *'sabio'*¹⁴. Su *'cabeza'* y su *'corazón'* siempre fueron de la mano:

'En su vida ejemplar pudo verse cómo el amor a Dios era el objeto principal de su entendimiento y el fin primario de sus palabras y acciones pues que de él estaba siempre abrasado su corazón'.

En otro sentido, es preciso recordar aquí que la Biblia considera la cabeza -que dirige y guía el cuerpo humano- como símbolo de autoridad.

La que el P. Joaquín ejerció sobre la Congregación por él fundada es ponderada así por los testigos:

*'Hasta su muerte (...) fue el alma de su Instituto con ascendiente y autoridad indecibles por su vida ejemplar principalmente, por la paternidad de su gobierno y por la bondad inagotable de su corazón'*¹⁵.

Constatamos así que el *'buen uso de su autoridad de Superior'* estaba basado en *'la venerabilidad de sus ejemplos'*¹⁶ y profundamente arraigado en la *'dulzura incomparable que le salía del corazón'*, signo de una vivencia perfectamente integrada de la espiritualidad sacrificial.

necesidad de su tiempo demandaba, sabiendo demostrar con serena franqueza la verdad a quien sinceramente la buscaba'.

¹² En efecto, *'favorecido de Dios el P. Rosselló con memoria feliz en proporcionada relación con su no despreciable fantasía, destelló siempre con buen caudal de ideas y conocimientos que iba elaborando. De niño comenzó a retener lo que en la Iglesia le enseñaban y en sus juegos piadosos iba repitiendo de memoria las nociones adquiridas. Indicio claro de cuán útil y lúcido instrumento había de serle su memoria para sus ministerios y para la gloriosa trama de su vida. Era fácil para apropiarse lo mejor e interesante de cuanto leía; era tenaz para retenerlo y era fiel para conservarlo no ya en meros conceptos sino aún en las palabras con que eran expresados. Y ni con los años parecía sufrirle desgastes ni oscurecimientos su memoria en el prodigioso número de textos e historias que había almacenado hasta en la lengua distinta en que conviniera usarlos. No solamente en su predicación y explicaciones doctrinales, sino en conversaciones y tratos familiares repetía máximas y dichos sentenciosos de Santos Padres. Como rayos serenos y apacibles en la mejor oportunidad emitía testimonios de Dios adquiridos y conservados en aquella tenacidad diamantina de su memoria'*.

¹³ *'Tenía en suma estima las Sagradas Escrituras, pues sabía de memoria y nos repetía con frecuencia muchos pasajes de ellas en sus conversaciones espirituales'*.

¹⁴ *'Era un santo y un sabio: amaba a Dios con todo su corazón y de este amor arrancaba el amor a sus penitentes para quienes tenía consejos llenos de celestial sabiduría, y precisamente en esto se manifestaba su sabiduría y santidad que infiltraba en los corazones y entendimientos de todos'*.

¹⁵ En otras declaraciones se habla de *'ascendiente y autoridad indecibles', 'gran autoridad', 'autoridad moral absoluta' y 'reconocida autoridad'*.

No obstante eso, su 'cabeza' se 'inclinó' siempre 'ante los planes de la Divina Providencia' que dirigieron su vida. En su camino de búsqueda espiritual supeditó su propia voluntad a la voluntad de Dios¹⁷ y sometió sus proyectos y su autoridad como Superior y Fundador a los de la Iglesia a la que él veía como mediación imprescindible en su incansable discernimiento para descubrir lo que el Señor quería de él¹⁸.



EL ROSTRO:

Espejo de la interioridad.

'Ostentaba un rostro de suave plenitud y de honesta hermosura con tenue sonroseo de su tez blanca'.

Las descripciones del Fundador que nos han llegado a través de quienes lo contemplaron físicamente aseguran que era 'de semblante hermoso' y 'muy guapo de cara'. Los hay que reparan en 'sus mejillas sonrosadas' y hasta añaden el detalle curioso de que 'le crecía muy poco la barba'. Su 'tez blanca se le volvió trigueña en sus viriles años, como para ser indicio de su equilibrada compleción'. Incluso ya anciano y enfermo 'su cara era fresca... parecía de cristal'¹⁹.

Paradójicamente -pero llevado por la ascética imperante-, confirman los testigos que 'ni su rostro quería verse por modestia' de modo que hasta renunció al uso del espejo durante largo tiempo²⁰. Sabiendo eso, aún resulta más simpática aquella anécdota según la cual 'una vez al cabo de muchos años se le puso en las manos un espejo y sonriendo de sí mismo dijo: «¡Oh, que viejo me he vuelto! Todo son canas y arrugas»²¹.

¹⁶ 'Más que exhortar con palabras, exhortaba y animaba con su conducta ejemplar. Era a vista de todos un modelo acabado de todo cuanto enseñaba de palabra. Esto era lo que le daba aquella autoridad moral absoluta sobre los novicios'.

¹⁷ 'En todas las cosas se resignaba a la voluntad de Dios... Siempre se mantuvo paciente y resignado a la voluntad de Dios. Esto me consta por ciencia propia... Se conformaba con la voluntad divina y nos decía aquello de San Ignacio: «Dejad hacer a Dios...»... demostrando su confianza y unión a la voluntad divina'.

¹⁸ Los testigos dan fe del respeto y veneración que el P. Joaquín experimentaba ante las directrices que venían de los pastores de la Iglesia: 'Yo le vi recibir las encíclicas del Papa con devoción entrañable, descubriéndose la cabeza en señal de sumisión o ponérselas sobre su cabeza, llenarlas de elogios o de palabras de rendimiento'.

¹⁹ Otro testigo añade: 'Paréceme que lo estoy contemplando: de expresión viva, encarnado de rostro y de cara hermosa, su gravedad y compostura infundían respeto'.

²⁰ Alguien refiere cómo esa 'carita de ángel' puso alguna vez en aprietos al P. Joaquín: 'De la hermosura y prendas naturales que poseía, no eran fácil de describirlas ni encontrarlas a cada calle... El P. Rosselló en su niñez y adolescencia era más que una pintura, como suelen decir: constituía un encanto... una verdadera cara de ángel... Sucedió, pues, que yendo en una procesión... y teniendo que pasar delante de tantos curiosos y cabezas ligeras... pudo entender claramente el Hno. Trigueros y el niño a medias que de un grupo de jóvenes se dialogaban: - Mirad qué niño más currito... decía una. / - Si fuera un poco más grande... otra. / - Ven... otra responde más lista... ¡Estudia de sacerdote! / - ¡Bah... qué lástima no se aproveche esta hermosura!'.

²¹ El mismo sentido del humor le sirvió en alguna otra situación comprometida relacionada con su atractivo físico, como cuando 'en cierta ocasión en el Santuario de Ntra. Sra. de Lluch salió airoso y con entereza de una imprudencia de una señora pues encontrándole de paso quiso saludar al P. Joaquín y como quien alaba su hermosura le dijo: «¡Oh, Padre Joaquín, y usted siempre tan plantoso!»». Y el Padre corto y seco, y gracioso al mismo tiempo contestó. «De la fachada cuida el Señor»; y siguió adelante'.

Pero no vamos a quedarnos en esta fotografía exterior pues, como reza el refrán castellano, *'la cara es el espejo del alma'*. Y esa es ciertamente más difícil de retratar. Tal vez es por eso que, a decir de un testigo, todos los intentos habían fracasado al querer plasmar el *'rostro dulce, modesto y tan hermoso'*, del P. Fundador, hasta el punto de *'que hasta ahora no han sido capaces de reproducirlo exactamente'*²².

Vale decir aquí que el rostro del P. Joaquín no ocultaba sus estados interiores ni era impasible o inexpresivo. Sobre las emociones que afloraban en él, algunos apelan a su temperamento fuerte, *'un tanto irascible y precipitado'*, o a disgustos o descontentos que experimentó en determinadas circunstancias de su vida, para justificar aquellos momentos en los que éste se mostró *'iracundo y sanguíneo'*²³. De ahí que tenga tanto más valor el esfuerzo que hacía para dominarse a sí mismo, de modo que, al pronto, su semblante aparecía como *'tranquilo', 'jovial', 'risueño y apacible'* como si nada hubiera pasado.

No faltan, pues, quienes señalen que *'su cara imponía respeto'*, pero otros aluden a *'la bondad que en su semblante se reflejaba'* calificándolo de *'paternal'* o afirmando simplemente que *'no era nada severo, ni ponía mala cara, sino que su misma cara era ya de humildad y dulzura. En su rostro se dibujaba habitualmente una especie de sonris que hacía más apacible su modestia y su gravedad'*²⁴. Y hasta un grupo de mujeres que se acercaron a él para darle las gracias tras unos ejercicios espirituales, recordaban que *'con semblante grave, amable y cariñoso nos acogía y con su trato tan familiar nos exhortaba a la perseverancia'*.

Otros, con penetración psicológica, vieron incluso reflejadas en aquel rostro sus capacidades intelectuales y señalan que *'si el semblante corresponde al ingenio, no podrá ser éste en grado inferior en el del P. Joaquín'*.

Pero lo que de verdad no podía dejar de visibilizarse en la cara del P. Fundador era su vivencia interior. Esa que le ponía el rostro en ascuas como muestra externa del Amor que le abrasaba por dentro²⁵. Así es como lo corrobora el siguiente testimonio referido al modo en que celebraba la fiesta del Sagrado Corazón:

'Tanta era su satisfacción y espiritual alegría, al ver de aquel modo honrado al bello ideal de sus amores, que su rostro se ponía encendido y como transformado en rostro como de serafín'.

²² Dejo caer aquí otra graciosa anécdota sobre la resistencia del P. Fundador a ser retratado. Cuenta en efecto D. Bartolomé Payeras, su fotógrafo más conocido, que cuando se lo propuso quedó del todo confundido al recibir por toda respuesta: *'Vete a la cuadra, toma a uno de estos de cuatro patas y tendrás mi retrato'*.

²³ Estos casos se refieren sobre todo a las ocasiones en que la enfermedad de la diabetes *'le oscurecía la razón'* y provocó en él reacciones un tanto desproporcionadas y hasta regañinas célebres. Un testigo apostilla que *'la cara que ponía en estos casos daba miedo a los corregidos'* pero otro, recordando un caso en que debió reprender a ciertas personas en un caso bastante espinoso, *'las recibió con cara muy seria'*, añadiendo enseguida que eso era *'cosa impropia de su ordinario modo de proceder'*. Recordemos en todo caso lo que el Papa Francisco ha recordado en *'Gaudete et exultate'*, su Exhortación Apostólica sobre la santidad: *'No todo lo que dice un santo es plenamente fiel al Evangelio, no todo lo que hace es auténtico o perfecto. Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo y que resulta cuando uno logra componer el sentido de la totalidad de su persona'* (GE 22).

²⁴ Y esa era la misma alegría que deseaba percibir en la cara de los demás: *'Cuando me veía algo triste, solía repetirme: «macte animo». No le gustaba ver rostros melancólicos'*.

²⁵ Véanse también como ejemplo estas palabras referidas a su fervor eucarístico: *'No podía contener en el pecho el ardor de su devoción y le salía al rostro y a sus ademanes y a sus palabras y todo el día parecía enajenado de amor eucarístico'*. O estas otras que aseguran que su *'amor filial'* por la Virgen María *'se le traslucía en el semblante al hablar de las excelencias y prerrogativas de Ntra. Sra. en el rezo del Rosario y otras devociones con que la honraba'*.

Aquel *'rostro varonil y angelical'* lo decía todo y a tenor de lo que declararon los testigos *'resplandecía con la majestad del enviado de Dios'*. Su faz -como sentencia nuestro refranero- era realmente el espejo donde se reflejaba lo que era y le movía por dentro. A través de él pudieron adivinar, quienes le trataron, lo que difícilmente captaría una cámara fotográfica, llegando a afirmar que *'tenía cara de santo'*:

'Cuántas veces nosotros, jóvenes y niños, entrábamos en la iglesia para vislumbrar aquel su dulce rostro extático: ¿Era un serafín en carne humana? o ¿Era un hombre con alma de serafín? Salíamos después de la iglesia silenciosos y confusos, admirados y cabizbajos diciéndonos unos a los otros: «¡Es un santo!» y todos por doquier dicen: «¡Es un gran santo!»'



LOS OJOS: Ternura y contemplación.

'Sus ojos garzos y modestos con amable naturalidad esparcían efluvios de su condición amiga de paz con todos y distinguida por sus modales finos y respetuosos'.

Lo primero que solían observar quienes trataban al P. Rosselló era su tendencia a mantener los ojos bajos, calificándolos como de *'sumamente recatados'*, sobre todo en lo que tocaba a su relación con las mujeres²⁶. Él mismo lo reconoce cuando, en cierta ocasión, afirmó: *'Yo nunca me he atrevido a mirar fijamente a nadie, ni incluso a mi madre, aun siendo mi madre'*. Naturalmente había en aquel *'recogimiento de la vista'* una determinada concepción de la modestia que hoy consideramos exagerada y hasta una excesiva prevención en todo lo referente a la castidad que le había inculcado el Hno. Trigueros cuando aún era muy jovencito²⁷.

Conviene en todo caso situar cada cosa en su contexto, de modo que no malinterpretemos lo que no malinterpretaron sus contemporáneos y sobre todo sus contemporáneas. Así nos lo ayudan a entender los mismos testigos:

'Llamaba la atención de todos los que le trataban la modestia de sus ojos, de manera que al tratar con las mujeres no las miraba de fijo, y no obstante no lo llevaban a mal, ni se hacía repulsivo'.

²⁶ Aunque no solo. Uno de los testigos observa que: *'En el refectorio siempre tenía los ojos bajos y no le vi jamás fijarse con curiosidad en las mesas y en los platos que nos servían. Comía parcamente'*.

²⁷ Con ello no minusvaloramos el modo heroico en que nuestro Fundador aquilató esta virtud que él cuidó con tan gran predilección: *'Ni una mirada, ni una palabra, ni una acción, ni un gesto, nada jamás empañó en lo más mínimo su virtud predilecta de la castidad'*. *'Tengo la impresión de que el Siervo de Dios conservó la inocencia bautismal durante toda su vida; me fundo en lo que pude observar en él, en la guarda de los sentidos, principalmente de los ojos y de la lengua, durante el tiempo que le traté, y en un cierto aire de candor y de inocencia que creí se transparentaba en el exterior de su persona'*.

Por eso no es extraño que fuese precisamente una mujer la que en su proceso de beatificación declaró que *'sin levantar los ojos del suelo, lo veía todo'*.

Tratemos, pues, de entrar en esa otra manera de mirar capaz de captar todas esas realidades que normalmente no se perciben a primera vista porque, como decía el Principito, 'lo esencial es invisible a los ojos'. Una mirada que, paradójicamente, necesita que se cierren aquellos y se abra el corazón.

Si es verdad, como alguien ha dicho, que los ojos son el punto donde se encuentran alma y cuerpo, ¿qué descubrimos entonces al contemplar los del P. Fundador con esta nueva hondura? ¿De qué manera asomaban en ellos su modo de ser, su identidad más íntima?

La cita que encabeza esta sección revela que en aquellos ojos se traslucía su *'condición amiga de paz con todos'*. Otros testigos descubren en su *'mirada fascinadora'* un *'imán irresistible'* con el que sabía ganarse *'hasta al más descontento'*. No se dejaba llevar de favoritismos ni hacía acepción de personas, ya que *'no miraba semblantes humanos sino preceptos divinos'*... Por su parte, se consideraba a sí mismo con humildad y, comparándose con los santos a quienes calificaba de *'espejos brillantes'*, aseguraba que *'en mí mismo no veo sino manchas y fealdades'*.

Advertimos, además, que los ojos del P. Joaquín revelaron muchas veces su exquisita sensibilidad humana y espiritual y no son pocos los testigos que recuerdan haberlos vistos llenos de lágrimas y enternecidos en las más diversas circunstancias.

Le sucedía esto al contemplar la naturaleza y sus habitantes²⁸, ante las heridas que otros le infligieron y el perdón concedido²⁹, al agradecer la caridad de sus hermanos en la hora de despedirse de este mundo³⁰ y sobre todo cuando se entregaba a la oración personal, rezaba intensamente la Liturgia de las Horas o participaba en la celebración de los sacramentos:

'Cuando pensaba no ser oído, exhalaba en su oración secreta gemidos y suspiros amorosos y luego habíamos de ser testigos, porque él no podía contenerlo, de su voz trémula de santa emoción, de encendimientos de su rostro, de iluminación superior de sus ojos o de flujo de lágrimas que asomaban'.

'Por espacio de muchos años tuve la dicha de rezar a su lado el Oficio de la tarde. Muchas veces le saltaban las lágrimas al leer ciertos pasajes más tiernos, lo que indefectiblemente le sucedía todos los años en la vigilia de la fiesta de la Bta. Catalina Tomás'.

'No me será fácil describir con cuánta devoción celebraba el Sacrificio de la Misa. Era muy frecuente que sus ojos vertían lágrimas de su corazón enternecido con las oraciones especialmente del Canon de la Misa'.

²⁸ En sus *Notas* es él mismo quien refiere la inmensa felicidad que experimentó en sus primeros meses transcurridos en Sant Honorat, de modo que, *'al lanzar las miradas'* desde aquel balcón privilegiado para contemplar las llanuras, los predios y los pueblos que tenía a la vista, eran *'tales los sentimientos de gozo y afectos de ternura que sentía brotar en mi corazón'* que *'brotaban de mis ojos tiernísimas lágrimas'*.

²⁹ Un miembro del Oratorio de San Felipe refiere lo que sucedió después de que el P. Joaquín fuera objeto de graves ofensas por parte de otro oratoriano: *'Más tarde nos encontramos los dos y me dijo visiblemente emocionado y con ojos llorosos: «todo lo perdono y todo lo olvido; la puñalada ha sido grande, hijo mío; la herida no sé cuándo se curará»'*.

³⁰ Son bien conocidas de hecho aquellas palabras de su *Última Exhortación*: *'¡Ay, que tener que separarme de padres tan buenos y sufridos conmigo, de hermanos tan llenos de caridad en servicio nuestro y del Colegio, siento enternecerme el corazón, y arrasarse en lágrimas mis ojos!'*.

En ese contexto no deja de ser revelador que algún testigo repare en que el P. Joaquín tenía ‘ojos de cielo’ pues era allí hacia donde los levantaba con frecuencia a la vez que invitaba a otros a fijar la vista en la misma dirección³¹. Y es que su mirada no se enredaba en lo inmediato, en lo material³², en lo terreno... sino que apuntaba a un horizonte superior y avistaba perspectivas más altas: *‘Todo lo enfocaba bajo una mirada sobrenatural’...* *‘Ante sus ojos llevaba siempre el fin supremo’...* *‘Nunca dejaba la mirada del cielo en su conversación’*.

Esa misma mirada de fe que el P. Joaquín dirigía con frecuencia hacia lo alto, se traducía también en el modo a la vez humano y sobrenatural con el que se enfrentó a la muerte: *‘Muchas veces nos decía a los Padres: «Temo el paso de la muerte» y levantando los ojos al cielo añadía: «pero confío en la misericordia de Dios»’*.

Y fue precisamente esa confianza en la misericordia divina la que lo modeló como contemplativo, ansioso de mirarlo todo con los ojos y con el Corazón compasivo de Dios. Tratando de conocerle cada vez mejor, sus sentidos interiores se agudizaron y desarrolló una capacidad de ‘ver’ y también de ‘escuchar’ que le permitieron descubrirse habitado por el Amor:

‘...En todas partes y por doquier vuelva la vista, no veo más que a Dios, no oigo otra cosa que la voz de Dios, que en el fondo del alma me dice: «Ámame, que yo mucho te he amado y te amo... »’.

Como contemplativo del Dios-Amor, percibía su huella y lo alababa primeramente en el libro de la naturaleza. Su *‘alma ebria de la sustancial Belleza’* supo captar en ella lo que a veces no se alcanza a ver con los ojos del cuerpo. El cielo estrellado³³ o una simple flor del campo³⁴ le provocaban arrobos y admiración ante la obra del Creador:

‘Una florecilla, el canto de un pajarillo, el murmullo de una fuente, la vista de los montes o del cielo estrellado, le movían a exclamaciones de amor divino, repitiendo lo de David: «Domine Dominus noster quam admirabile est nomen tuum in universa terra». Cuando le acompañábamos al monte de Randa, al divisar desde la altura los pueblos esparcidos en la planicie su amor de Dios le hacía exclamar: «Laudate Dominum omnes gentes, Laudate Deum omnes populi». En cualquier momento le conocíamos esta plenitud de Divino Amor’.

Pero el P. Joaquín fue también un contemplativo en la realidad de cada día, pues supo leer los *‘hechos históricos’* no como meros acontecimientos azarosos o sin sentido sino como verdaderos signos de los tiempos que *‘nos hacen ver palpablemente cuán alta y sabia es la Providencia de Dios en orden a su Iglesia’*.

Y ese ‘ver’ le llevó también a ‘actuar’ encendido en el mismo fuego del Amor de Dios que contemplaba en los Sagrados Corazones: *‘Cuando veía a una persona triste se esforzaba en consolarla y animarla’*. Ante la contemplación de las necesidades de sus prójimos no permanecía

³¹ Así se lo decía en una de sus cartas a una religiosa: *‘Levanta muchas veces al día los ojos y el corazón al cielo, de donde siempre has de esperar, en tus congojas y trabajos, te ha de venir el consuelo’*.

³² Que su mirada no estaba puesta en el dinero lo atestigua uno de los declarantes: *‘Al preguntar su madre al P. Joaquín qué limosna había recibido por uno de sus sermones, contestó: «No me pregunten esto; yo no lo miro»’*.

³³ Son varios los testigos que reparan en ello: *‘La contemplación del cielo estrellado en las noches de verano le tenía como absorto y más cerca del cielo que de la tierra’*. *‘En los insomnios que habitualmente padecía (...) me contó que su alivio era pasearse por la azotea contemplando las estrellas. ¡Cuánta belleza descubriríamos si aquellas cifras de Dios nos revelasen los coloquios del fervoroso Padre!’*. *‘Por las noches no siempre iba a descansar a la hora habitual en que lo hacía la Comunidad, sino que, cual otro Ignacio, se quedaba en la galería alta de la casa para contemplar un buen rato el cielo estrellado. Yo en mi curiosidad atisbaba por entre las persianas de mi habitación para ver qué hacía un Siervo de Dios en aquellas horas, y le sorprendía de vez en cuando en fervientes suspiros y jaculatorias que exhalaban de su pecho fervoroso’*.

³⁴ *‘Muchos días iba a visitarle el Hno. Trigueros y los dos se espaciaban santamente en conversaciones espirituales. A menudo le traía el Hermano una u otra florecilla y con el buen Padre se recreaban contemplándola y admirando al Criador’*.

impasible ni daba un rodeo, sino que se convertía en buen samaritano dispuesto a practicar las obras propias de la misericordia: *‘Enseñaba a los niños, a ignorantes, consolaba a los que veía tristes, aliviaba con sus palabras y su auxilio, hasta donde podía, a los que veía afligidos y necesitados’*.

Aquel *‘don de contemplación’* con que fue distinguido le ayudó, en fin, a *‘ver claro’* cuando todo aparecía oscuro y le acompañó siempre en su constante discernimiento de la voluntad divina. Cuando la vista se le nublaba y se sentía perdido ante los acontecimientos, sólo aspiraba a que su mirada se identificara con la mirada de Dios. El mismo P. Joaquín así lo refiere al recordar su confusión ante los hechos que llevaron a la fundación de la Congregación:

‘Así completamente desorientado, no hallé medio más seguro que lanzarme en los brazos de la Divina Providencia, y estarme allí solo en S. Honorato, hasta que Dios me hiciese ver claro cuál era su divina voluntad para seguirla’.

Y fue también ese preciso sentido de la vista, preñado de clarividencia espiritual, el que estuvo implicado en aquel momento decisivo en el que el P. Fundador determinó el nombre que había de llevar el nuevo Instituto. Así lo cuenta él mismo al recordar que, estando un día *‘orando por el consabido objeto’* en el pequeño coro de la ermita de Sant Honorat *‘levanté la vista y vi pintados en la bóveda del mismo coro, juntos, los dos Sagrados Corazones’*.

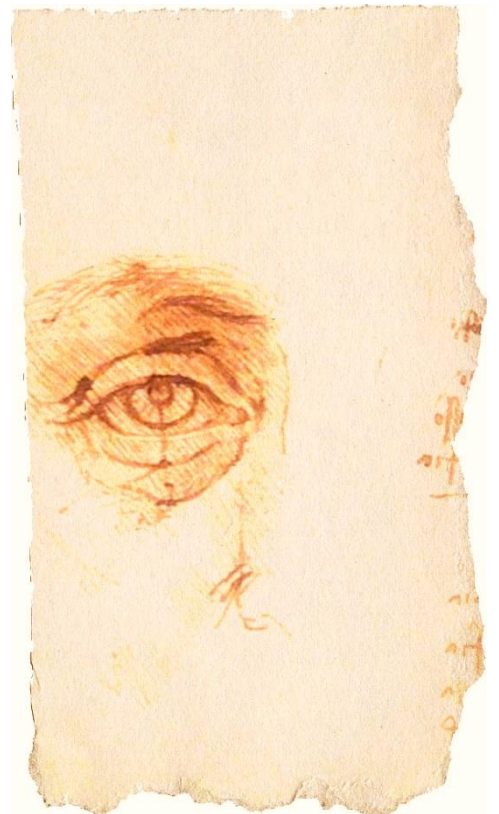
Con esa mirada penetrante fue acompañando hasta el final a la familia misionera por él fundada. *‘Como Superior de su Congregación celó con minuciosa vigilancia la observancia religiosa en todas sus casas’*. Y porque *‘miraba únicamente a la prosperidad espiritual de su Instituto’*, con sus ojos bien abiertos observaba a veces cosas que no le gustaban:

‘Veo el vuelo que va tomando lo material sobre lo espiritual en los más de nuestros individuos Congregantes, y me parece que si no procuramos haya en nosotros algo de reforma, o sea reacción, preveo cierto abandono de Dios’.

Pero esas sombras no le impidieron adivinar con visión de profeta la luz que el percibía en el horizonte aunque no pudiese distinguirla con total claridad:

‘En lontananza veo, y no sé qué veo sobre ese Monasterio del Real; quizás Dios tiene un proyecto algo grande para nuestra Congregación’.

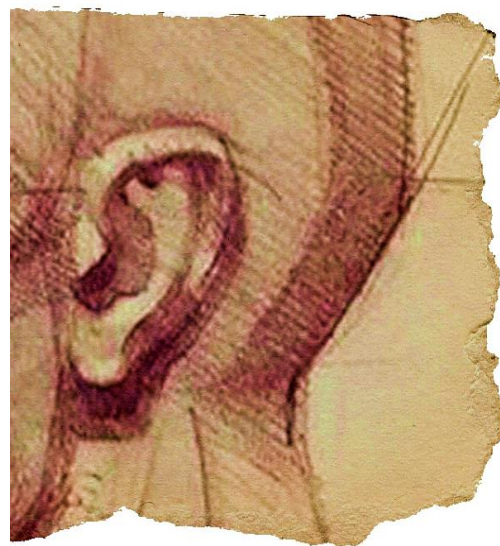
Jamás perdió de vista la motivación profunda de su vida y la siguió visibilizando claramente incluso en su ancianidad: *‘Veo que los Sagrados Corazones quieren que trabaje un poco más por su gloria’*. A pesar de que la vista natural le fallaba a causa de la edad y la diabetes supo mantenerla encendida hasta que sus ojos languidecieron y se cerraron a este mundo.



OÍDOS:

Silencio y escucha.

‘No oigo otra cosa que la voz de Dios’.



Comencemos recordando, para variar, algunas cosas que no le gustaba escuchar al P. Joaquín. No le interesaba regodearse en el eco de su propia voz y su humildad le llevó a hacer oídos sordos a quien le quiso impedir que destruyese los apuntes de sus sermones: *‘Esto lo presencié y procuraba disuadirle; no quiso oírme, antes al contrario, persistió en su obra destructora diciéndome: «que para nada iban a servirme en mis trabajos ministeriales»’*. Tampoco los negocios materiales atraían su atención, aunque fueron muchos los que tuvo que gestionar en su vida: *‘Cuando yo le daba cuenta de algunos asuntos de orden temporal de la casa, lo escuchaba pero manifestando su indiferencia’*. Y, sobre todo: *‘Era muy difícil en dar oído a chismes’* bien consciente, como advierte insistentemente el Papa Francisco, de lo mucho que dañan las relaciones entre las personas.

Más allá de toda palabrería hueca y vana, quienes trataron al P. Joaquín lo recuerdan como *‘muy amigo’* y *‘amante del silencio’*³⁵. Uno de los testigos, recordando su propia infancia, evoca con viveza la impresión imborrable que les causaba el mutismo del P. Fundador:

‘Mientras jugábamos por el interior del claustro, a menudo le contemplábamos paseándose por el último corredor, silencioso, contemplativo, absorto. «¡El Pare Rosselló!», nos decíamos, «¡Qué santo!»’.

Cuenta él mismo que, ya desde muy joven, prefería las iglesias conventuales por ser *‘más devotas y recogidas, y por sentir con mayor viveza en el fondo de mi alma la presencia de Dios, en razón de observarse en ellas mayor silencio y modestia’*.

Y es que el silencio nunca fue para él un fin en sí mismo sino un ámbito privilegiado para poder escuchar más claramente la voz de Dios.

Su *‘corazón tan inclinado al retiro y al silencio’* buscaba percibir esa voz en todas partes pero en ninguna le resonó tan fuertemente como en Sant Honorat³⁶: *‘En el silencio de que se goza entre estas escarpadas rocas y empinados cerros, se deja sentir mejor la presencia de Dios que no entre la agitación y sagacidad que reina en las capitales: «Non in commotione Dominus»’*.

En aquella *‘vida solitaria de quietud y silencio’* se experimentó feliz como un nuevo Elías (cfr. 1Re 19,11), capaz de percibir el susurro de Dios en el sosiego aparentemente mudo del desierto. Allí sus oídos interiores se recrearon al escuchar eso que S. Juan de la Cruz -místico que él leía con predilección- llamaba la *‘música callada... la soledad sonora’*:

Por eso no es extraño que a él, que *‘prefería de corazón la soledad y silencio de la Ermita de Randa para el fomento espiritual de los suyos... le costara muchísimo decidirse a la aceptación del Santuario de Lluch’*.

³⁵ Por eso era también *‘muy observante del silencio’* y *‘solía corregir sus infracciones’* en el sentido de que, según la práctica común en la vida religiosa de entonces, cuidaba mucho de que se creara un ambiente apropiado en las casas de la Congregación que favoreciese el recogimiento y la oración.

³⁶ Tal es así que, cuando alguien le preguntaba: *‘Y ¿que no oía la misma voz en la ciudad?’* Él respondía: *‘Sí, la oía, pero era muy débil la impresión que me causaba respectivamente a la que me causa en este santo retiro’*.

Ni tampoco sorprende que, una vez establecido en aquel Santuario de María, siguiese añorando su amada Montaña de Randa y recordando, como si lo estuviera aún sintiendo muy dentro, aquel silencio elocuente que le hablaba de Dios, en el que *'nada se oía en su alrededor a no ser el balido de alguna oveja, o el graznido de uno que otro cuervo, que, por la cima de aquella montaña, van cerniéndose a veces como para gozar del aire puro que en torno se respira'*.

Aquellos oídos suyos, entrenados a escuchar en el silencio y abiertos siempre a cualquier cosa que pudiera traerle noticia de Dios, hicieron de él un verdadero oyente de la Palabra que, como el profeta Jeremías (Jr 15,16), devoraba con avidez:

'Abrió su corazón a la verdadera ciencia, sus oídos a los doctores de las Santas Escrituras; y esta palabra divina le pareció tan dulce, la recibió con tal avidez y tan ardientes deseos, que, durante los cuatro años que la estudió, pasaba noches casi sin dormir, dando al estudio el tiempo del reposo...'

'En los domingos (...) le gustaba mucho oír la Palabra de Dios en los sermones, y quería que nosotros la oyéramos'.

Del mismo modo, su oído interior se afinó en la práctica del discernimiento que determinó toda su existencia y finalmente le condujo a la fundación de la Congregación. Lo suyo fue *'oír a Dios'* para *'dejar hacer a Dios'* como un instrumento deja hacer a las manos de quien lo utiliza. Y así se lo confiaba a una religiosa en vísperas de la fundación:

'Encomiéndenme a Dios, porque aún algo más oigo en el fondo de mi alma que lo que le he indicado: oigo que Dios quiere servirse de ese vil instrumento tan gastado ya por los años y trabajos que lleva encima, por no sé qué para su gloria'.

Naturalmente, ese ejercicio sostenido, consistente en poner el oído en el Corazón de Dios para descubrir sus designios de amor, le capacitó también para escuchar a sus prójimos.

Sabía escuchar, en primer lugar, a sus hermanos de Congregación: *'Era para sus religiosos de muy fácil acceso, recibéndolos cordialmente y dándoles lugar y oportunidad para manifestarse con libertad santa y familiar. Les hablaba, les oía, se ganaba su confianza, se abría paso hasta su corazón, les alegraba la vida y les dejaba serenado el cielo del alma. En todo tiempo y hora podían acudir a su caridad, la cual era inagotable para atender, sostener y consolar a los súbditos'*.

Pero si hubo un ámbito donde el Fundador ejerció admirablemente su capacidad de escuchar a otros ése fue el sacramento de la penitencia. Un ministerio al que se consagró de modo *'infatigable'* dedicando largos años a *'oír confesiones'* como entonces se decía.

Su don de consejo y dirección espiritual era sumamente apreciado: *'Su confesonario era imán para las almas. Todos, palmesanos y campesinos sin distinción de clases, acudían y se agrupaban en torno de esta saludable «piscina», para oír al padre que exhortaba, al maestro que instruía, al santo que inflamaba, llenándoles a todos de dulce consuelo y bañando a sus almas del rocío celestial'*.

La importancia que el P. Joaquín daba en ese sacramento al hecho de escuchar se deduce de las recomendaciones que dirigía a los Congregantes insistiéndoles en que fueran *'parcos en el hablar, y más aún en el preguntar'*. Las palabras que dirigía a sus penitentes no eran vanas ni ociosas, sino *'consejos acertadísimos, que tenían un no sé qué, que penetraba en lo más hondo del corazón'*. Palabras prudentes dichas con la intención de ahuyentar miedos, suscitar confianza, combatir escrúpulos e infundir ánimo, tal y como lo asegura la misma experiencia de los testigos:

'Recuerdo que si en la confesión le manifestaba yo algún temor, me animaba a confiar en la misericordia de Dios'.

‘En la confesión general que hice con el Siervo de Dios, me trató con mucha amabilidad, animándome con palabras alentadoras, y viendo que yo insistía en algunas cosas que tenía escritas en un papel, lo tomó y rompió, animándome a confiar en la Divina Bondad’.

‘En el confesonario y en el púlpito exhortaba a tener gran confianza en Dios’.

El modo en el que sus penitentes describen el modo en que el P. Joaquín oía sus confesiones habla por sí mismo del talante humano y espiritual con que los atendía. Así valoran, unos y otros, cualidades de una escucha de calidad que *‘inspiraba confianza’* y *‘a todos satisfacía’*: Su *‘trato muy suave’*, *‘dulce y atrayente’*, su *‘amabilidad’*, su *‘mansedumbre’*, su *‘santa tolerancia’*, el *‘don de gentes que le caracterizaba’*, su *‘comprensión y bondad’*, su *‘paciencia’*³⁷, su capacidad de empatía según la cual *‘a todos se acomodaba’*.

Aquella manera de escuchar con el corazón transformaba la confesión en una verdadera terapia de *‘caridad que se traducía en misericordia’*, que *‘tranquilizaba las conciencias’* y *‘ganaba los corazones’* de aquellos y aquellas que, sabiéndose acogidos de modo tan singular, lo consideraban su *‘confidente y consultor’*. Por eso se acercaban a ese ministerio de escucha, perdón y sanación personas de todo sexo, condición y estado que buscaban *‘remedios a las dolencias espirituales que en confesión depositaban en el corazón de tan buen padre y médico compasivo’*. Así, aquel ‘alto tribunal de la penitencia’ se transformaba más bien en un ‘hospital de campaña’ donde vendar las llagas y curar las heridas de los traspasados.

Conclusión... provisional.

Para no alargarme ya más de la cuenta, me veo obligado a dejar por ahora incompleto este ‘retrato espiritual’ que me he propuesto trazar. Más adelante lo remataré fijándome en la boca, las manos, las piernas... el corazón del P. Joaquín.

Quizá no es casualidad que esta carta vea la luz en este tiempo de Adviento en el que nos preparamos para acoger al Verbo hecho carne, a la Palabra de Dios que toma un cuerpo humano para acariciarnos con su amor y poder darse a entender en nuestro propio lenguaje.

Que esa Palabra encarnada nos ayude a ‘dar gloria a Dios con nuestro cuerpo’ tal y como vamos viendo que lo hizo el P. Joaquín.

Aprovecho para felicitar desde aquí a nuestros Estudiantes de la Delegación del Plata que el próximo 20 de diciembre renovarán sus profesiones y a Alexis Manishimwe que, además, recibirá los ministerios del Acolitado y el Lectorado.

En los Sagrados Corazones:


P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.
Visitador General.

³⁷ *‘La paciencia que ejercitó siempre en el confesonario y en las consultas espirituales la experimentamos todos sus penitentes, pues aunque sabía reprender y usar de rigor cuando éste se imponía, era más inclinado a la clemencia que a la severidad, no por falta de entereza de carácter sino por la virtud de su inagotable paciencia que le comunicaba siempre una afabilidad y paz habituales’.*



PARA ORAR Y COMPARTIR

Por si alguna comunidad o grupo desea utilizar esta carta para un día de retiro o de formación ofrecemos algunas pautas para la oración y la reflexión³⁸:

Momento personal:

1- Lee la carta contemplativamente, sin prisas, implicando todo tu cuerpo y sus facultades. No sólo con la inteligencia, sino también con el corazón. Fíjate en lo te 'toca' de un modo especial hasta corporalmente. Subraya alguna frase que resuene particularmente, te cuestione o con la que te identificas por alguna razón.

2- Detente allí donde encuentres algo que te invita a transformar en oración lo que lees. Ora dando gracias, pidiendo perdón, presentando una necesidad... o simplemente haz un momento de silencio.

Momento de grupo:

3- Compartimos con el grupo a partir de la lectura/oración realizada en el paso nº 1.

4- Dependiendo del tiempo que tengáis podéis profundizar en los diferentes apartados o en uno o dos de ellos. Os pueden ayudar las siguientes preguntas:

- ¿Qué he aprendido en cada apartado? ¿Cómo me han ayudado a conocer mejor al P. Joaquín en su cuerpo y en su espíritu?
- ¿Qué sugerencias has encontrado en la carta para vivir tu propia corporeidad a la luz del Espíritu? ¿Por qué?
- ¿Qué podría significar hoy para nosotros, como personas, como cristianos/as y como M.SS.CC. eso de '*dar gloria a Dios con nuestro cuerpo*'? ¿Qué actitudes o valores deberíamos encarnar en nuestro cuerpo, nuestro rostro, nuestros ojos, nuestros oídos... desde nuestro carisma y espiritualidad?

Momento de oración:

5- Acabamos con un momento de oración compartida en forma de petición, de alabanza o de acción de gracias a partir de lo reflexionado personalmente y/o de lo compartido en comunidad. Concluimos recitando juntos la siguiente oración:

³⁸ Como el texto es largo, otra posibilidad es subdividirlo para utilizarlo en varias sesiones.

GRACIAS, SEÑOR, POR MI CUERPO

Gracias, Señor, por mi cuerpo,
tu regalo y mi tesoro más estimado
para andar por este mundo.

Por los pies con que camino
al encuentro de mis hermanos,
Gracias, Señor.

Por las piernas que me sostienen
y que nunca se cansan de mí,
gracias, Señor.

Por las manos, útiles herramientas,
para trabajar, servir y abrazar,
gracias, Señor.

Por los labios, boca, dientes y lengua
con que río, hablo y como gozosamente,
gracias, Señor.

Por los ojos con los que veo y descubro
tanta gracia y hermosura a mi lado,
gracias, Señor.

Por los nervios,
rápidos y sensibles conductores
de sensaciones, emociones y querer,
gracias, Señor.

Por mi cabeza, hermoso ingenio
que piensa, decide y ordena,
gracias, Señor.

Por la piel que me protege
dándome forma, figura y seguridad,
gracias, Señor.

Por este corazón que nunca descansa,
que ama y se deja amar,
gracias, Señor.

Por mi cuerpo entero,
modelado con ternura
por tus manos y tu sople,
gracias, Señor.

**VUESTRO CUERPO ES TEMPLO
DEL ESPÍRITU SANTO**

(1Cor 6,19)